estos mexicanos (que ya entonces eran poderosos en esta Nueva España) los vencieron de todo punto y dejaron rendidos a este imperio mexicano.

Dícese que en esta sazón estaba el rey Nezahualcoyotl en una casa de recreación, que está una legua de la ciudad, que se llama Tetzcutzinco, y la noche antes de esta victoria, estando durmiendo el rey y haciendo escolta algunos de sus capitanes, dos de ellos, llamado el uno Chichintocatzin y el otro Itztapalotzin, oyeron una voz que de fuera del palacio los llamaba y cuando salieron se encontraron con un mancebo bien dispuesto, que les dijo: entrad dentro y decidle al rey Nezahualcoyotl que mañana, a poco tiempo después del sol salido, vencerá su hijo Axoquentzin el ejército de los chalcas y quedará Chalco destruido y asolado. Fueron con este mensaje al rey, que estaba acostado y siempre muy cuidadoso del suceso de esta guerra, el cual lo oyó y quedó como asombrado de oírlo, pareciéndole el caso disparatado por la disparidad grande de las fuerzas, teniendo a su hijo por muy muchacho y represetándosele ser la empresa muy alta; y preguntando a los capitanes si era verdad lo que le decían o cosa que hubiesen soñado, y certificándolo ellos ser verdad y no sueño, mandólos prender y poner a buen recaudo hasta que se supiese la certificación de lo que en aquello había sucedido, como en este capítulo lo habemos contado; quien haya sido este mancebo no se dice.

CAPÍTULO XLV. *De cómo el rey Nezahualcoyotl se casó con una señora, hija del rey Totoquihuatzin de Tlacupan, de la cual hubo a Nezahualpilli, que fue el heredero de su reino, después de su muerte*

DESPUÉS QUE FUERON CRECIENDO EN NÚMERO estas poblazones y poder de los reyes mexicanos y tetzcucanos, fue también tenido por grande autoridad casar los unos con los otros; y así sucedía que aunque acostumbraban tener muchas mujeres, no legitimaban sino aquella que habían recibido de una de estas partes y el hijo mayor que de esta señora nacía hacían heredero de sus estados; y aunque esto corrió en general, por la mayor parte de esta Nueva España, se guardó más en particular en el reino de Tetzcuco. Y aunque Nezahualcoyotl, que en esta sazón reinaba en él, tenía muchas mujeres, en las cuales había habido los hijos que dejamos referidos y otros algunos más, no tenía por legítima ninguna de ellas, por ser hijas de sus vasallos y criados; y pareciéndole ser ya tiempo de buscar mujer de quien pudiese dejar legítima sucesión, comenzó a pensar el modo que tendría para haberla. Sucedió pues, que andando metido en estos cuidados adoleció de enfermedad de melancolía y llegó a estar de manera que nada le daba gusto ni contento, y viéndole los privados de su casa triste y melancólico, y deseosos de que no lo estuviese, le persuadieron a que dejase la ciudad y los negocios del gobierno y se fuese a alguna parte, donde to-

mando placer olvidase sus tristezas. Aceptólo el rey, y díjoles que quería venirse a esta ciudad y parte de Tlatilulco, donde tenía uno de sus famosos capitanes, llamado Temictzin, de quien más se fiaba y que mucho quería; porque (como decimos en otra parte) desde el tiempo del emperador Techotlala, había en todos los pueblos y ciudades grandes, tetzcucanos, mexicanos y chichimecas revueltos y mezclados, y mandóles que le diesen aviso de esto en secreto y ocultamente, sin que el rey Motecuhzuma ni los señores de la ciudad lo supiesen, por excusar ruido y cumplimientos públicos. Hízose así, y avisado este capitán aderezóle su casa y jardines para haber de recibirle. Vínose Nezahualcoyotl por agua y metióse en casa de Temictzin, con la poca gente que trajo de su servicio y en su compañía. Fue recibido de Temictzin con grande reverencia, teniéndose por dichoso y bienaventurado de que su rey quisiese hacerle aquel favor y merced.

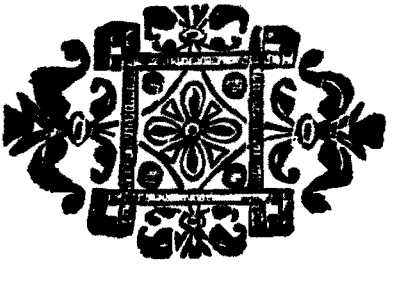
Este Temictzin, aunque era vasallo del rey Nezahualcoyotl, era también descendiente de sangre real, por lo cual y por ser grande amigo de Totoquihuatzin, rey de Tlacupan, le dio una de sus hijas por mujer, pero cuando la recibió tenía la niña sólo siete años, aunque ya en esta sazón era de diez y siete, a la cual Temictzin no había tratado como a mujer, sino criado como a hija; y así la moza se estaba doncella, como cuando de sus padres la había recibido, porque hasta entonces no le había hecho falta por tener otras como tenía, las cuales le servían en este ministerio. Llegóse la hora de comer, y para haber de servirle la comida le pareció a Temictzin sería bien que la doncella, su mujer, fuese la que sirviese en el convite, tanto por ser hija del rey, cuanto por ser tan grande rey a quien servía. Salió la moza con el primer servicio y poniéndolo delante Nezahualcoyotl hízole una muy grande reverencia. Puso el rey los ojos en ella y fuele muy agradable la honestidad de sus ojos, la gallardía de su cuerpo y hermosura de su rostro; y pareciéndole ser cosa nueva salir mujer a administrar la vianda (por ser costumbre que los hombres sirviesen a la mesa) preguntó que ¿quién era aquella doncella?, y fuele respondido que mujer de Temictzin, su criado, y hija del rey Totoquihuatzin. Comió el rey; pero ya otro del que a la mesa se había sentado, por haber puesto los ojos en la doncella y habérsele aficionado; y después de haber comido, quedando sólo, dio orden con un privado suyo que inquiriese de su casamiento lo que había, porque quería saber lo cierto de aquel caso, y cómo Temictzin había recibido esta doncella por mujer, y si lo estaba o ya se había aprovechado della. Todo esto pasó en secreto y con el mismo le fue respondido, que hasta entonces Temictzin la trataba como a hija, sin haber cuidado de más.

Estúvose el rey algunos pocos días en esta recreación y más por razón de gozar de la vista de Matlalcihuatzin (que así se llamaba esta doncella) que ya le tenía robado el corazón, que por estar en este jardín y holgura (que para tenerlas muy a placer, mejores y más cumplidas las tenía en su casa) y aunque ya Matlalcihuatzin era su mayor pena y cuidado, como era prudente y sabio, jamás lo quiso dar a entender. Fuese a Tetzcuco con el mismo secreto que vino, y ya llevaba Nezahualcoyotl pensado de haber esta doncella por su mujer (pues por otra vía, ni modo, no le era lícito, ni

bien contado haberla) y también llevaba trazada la manera cómo entregarse de ella, si el tiempo no le era contrario; y fue que a pocos días después de haber llegado, ordenó de enviar gente contra una provincia que se le había rebelado, y junta la gente envió a llamar a Temictzin y encarecióle lo mucho que le estimaba, la confianza que de él hacía y el crédito con que lo trataba, y que por esto había determinado de enviarle contra los rebelados, dándole el ejército que había hecho para que fuese a sujetarlos, y que le pedía acudiese en el caso con las veras que de él esperaba. Temictzin, que no sabía el intento del rey y entendiendo que era por honrarle aventajándolo a los otros principales capitanes de su reino, agradecióselo con la mayor humildad que pudo, ofreciéndose de hacer lo que él mandaba. Dispuso su gente, ordenó su jornada y fuese en seguimiento de ella. El rey, que por este modo ordenaba su casamiento, llamó a dos de sus muy fieles y leales que iban en la jornada y llevaban cargo de tlacateccas (que eran como acompañados de general) y díjoles, con grande encarecimiento, que cuando estuviesen en lo más fuerte de la batalla pusiesen a Temictzin en el mayor riesgo de ella para que los enemigos le acometiesen, y viéndole en el peligro le dejasen para que en él muriese, y que sucediendo así, como pensaba, le enviasen luego a dar aviso de lo hecho. Prometiéronlo así los tlacochcalcas, y llegando contra los rebelados diéronse la batalla, y aunque quedaron vencidos, murió en ella Temictzin, como el rey lo había ordenado. De lo cual tuvo aviso muy presto. El que hubiere leído las Sagradas Escrituras echará de ver ser este caso el mismo (o poco menos diferenciado) que el que le succedió al rey David,[1] en el adulterio que tuvo con Betsabé, mujer de el fidelísimo y leal vasallo suyo Urías; pues para encubrir el pecado y adulterio que contra él había cometido, le envió a la guerra y mandó al capitán Joab que lo pusiese en lo más fuerte de la batalla y allí lo dejase morir, como sucedió, y después de muerto se casó con Betsabé, mujer que había sido del inocente Urías.

Teniendo pues aviso el rey Nezahualcoyotl de lo hecho, y que esta muerte no se le podía atribuir a él por haber sido tan en secreto, envió luego sus embajadores al rey Totoquihuatzin, pidiéndole a su hija Matlalcihuatzin por mujer; pues aunque lo había sido de Temictzin (ya difunto) sabía que estaba doncella, y que más la había tratado como a hija, que como a mujer. Totoquihuatzin, que vido mejorado el estado de su hija en esta ocasión otorgó con la petición de Nezahualcoyotl y envióle a decir que no sólo gustaba de recibirle por yerno, sino también de estimarle por señor. Tratáronse las bodas y vinieron embajadores al rey Motecuhzuma, que era tío del desposado y a otros señores mexicanos, los cuales todos vinieron en el casamiento y entregaron la doncella a Nezahualcoyotl, la cual recibió por su legítima mujer. Dicen sus historias (como se ve en las pinturas de sus libros) que cuando la llevó a Tetzcuco le fueron acompañando los reyes de México y Tlacupan, cada cual con los señores de su corte. Y que allá duraron las fiestas y regocijos de las bodas espacio de cuatro meses. Y a

[1] 1. Reg. 11

un año después de haberse casado con esta señora, nació de ella Nezahualpilli, que fue el que le sucedió en su reinado.

Estaba Nezahualcoyotl, en este tiempo, ocupado en hacer sus casas reales y palacios, que fueron llamados hueitecpan (que quiere decir el gran palacio) porque aunque los reyes sus antecesores habían tenido sus casas muy cumplidas y grandes, no eran de tanta majestad como el señorío que tenían, pedía; pero Nezahualcoyotl, que sabía la grande autoridad de un rey y él en sí la representaba, quiso que las casas de su asistencia mostrasen con su grandeza lo mismo que sentía de su autoridad. Acabadas las casas, con muchos cumplimientos (como yo las vide, antes que comenzaran a derribarlas los españoles, para aprovecharse de los materiales en el edificio de sus casas) hizo llamamiento de todos los señores sujetos a su imperio y los de Mexico y Tlacupan, para que se hallasen a la estrena de ellas (porque así era costumbre entre ellos). Fue muy de ver todo lo que en orden de esto hubo; los gastos fueron muy grandes, las fiestas muchas, los convidados bien hospedados y todos muy contentos de ver la prudencia y buen gobierno del rey. Cuando fue tiempo de despedirlos hízoles a todos un convite general, donde fueron servidos muy conforme a sus reales estados y personas. Después de haber comido mandó a sus cantores que viniesen a regocijar los extremos y finales de la fiesta; y como era hombre de grande entendimiento y mucha y profunda consideración, viendo tanto rey y señores y capitanes valerosos juntos y que las cosas de esta vida se acaban, quiso dárselo a entender a todos, para que movidos de esta consideración usasen de ellas como de censo que es al quitar, y mandó a sus cantores que cantasen un cantar que él mismo había compuesto, que comenzaba así: xochitl mamani in huehuetitlan, &c., que quiere decir: entre las coposas y sabinas hay frescas y olorosas flores, y prosiguiendo adelante dice: que aunque por algún tiempo están frescas y vistosas, llegan a sazón que se marchitan y secan. Iba prosiguiendo en decir que todos los presentes habían de acabar y no habían de tornar a reinar; y que todas sus grandezas habían de tener fin y que sus tesoros habían de ser poseídos de otros; y que no habían de volver a gozar de esto que una vez dejasen, y los que habían comenzado a comer con gusto fenecieron la fiesta con lágrimas, oyendo las palabras del cantar, y viendo ser así verdad lo que decía.